

cipiante con su propio Maestro, con el gravísimo doctor Francisco Núñez Coriano y con otros escritores de nota y autoridad. Justificado era ya el orgullo del Maestro López de Hoyos. Su caro y amado discípulo daba seguro y firme el primer paso, tratando "cosas harto curiosas con delicados conceptos," y "usando de colores retóricos." Reparad en este singular elogio. Entonces, no había elegía ni canción buena si el autor no ponía en ella *conceptos* y *colores retóricos*. Recorred las obras mejores, las más celebradas y populares de Fray Luis de León, apartad las estrofas en que sentís arder la misteriosa llama y hallaréis en lo demás *conceptos* y más *conceptos*.

Así, pues, no erró ni exageró en sus alabanzas el maestro López de Hoyos: Miguel de Cervantes era ya un gran poeta que á los veinte años saltaba á la más alta cima del Parnaso. Y bueno será que ahora, pasados tres siglos y medio, hagamos memoria de sucesos más recientes y, pues Miguel se reveló como gran poeta con motivo de un funeral, no olvidemos á aquel otro poeta grande del siglo XIX, que brincó á la celebridad también á los veinte años y en un entierro. Y no será malo que comparéis la elegía de Zorrilla, del gran Zorrilla, á la muerte de Larra, con la elegía de Cervantes, de nuestro gran Cervantes, á la muerte de la Reina Doña Isabel de Valois. Nació Cervantes, como Zorrilla, gran poeta en verso, pero el discurso de su vida y la superioridad de su genio le forjaron gran poeta en prosa. Parad siempre la atención en esos adolescentes pálidos que leen ó escriben versos al borde de las tumbas de poetas desventurados ó de princesas muertas en la juventud, y no os fijéis mucho en lo que dicen, que acaso no valga nada, sino en cómo lo dicen y en cómo lo sienten. Un verso solo que en esa primera obra febril haya bueno tal vez es la llave que les abre la puerta de la inmortalidad.

CAPÍTULO IX

ENCUENTRO CON EL AMIGO MATEO.—LA CANCIÓN DE LA REINA MUERTA.—MONSEÑOR JULIO AQUAVIVA.—LA PRIMERA SALIDA DEL INGENIOSO HIDALGO

Llegado á la cima del poder civil por ser Presidente del Consejo Real, á la del poder eclesiástico por su investidura de Cardenal de la Santa Iglesia Romana, título de San Esteban de Monte Celio y á la del poder más misterioso y temible de entonces, por ser Inquisidor Apostólico general en los reinos y señoríos de España contra la herética pravedad y apostasía, el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Diego de Espinosa, que por su prudencia y discreción fué además en extremo apreciado del Señor Don Felipe II, á quien gustaba mucho que sus servidores tuvieran algo que callar y estuviesen hechos á callarlo, recordó el tiempo en que moceaba en Sevilla y pensando, pensando, vínole á la memoria cuán conveniente le sería recoger al joven Mateo Vázquez, con quien algunos lazos le ligaban, el diablo sabía cuáles. Trájole, pues, á la corte y quedó satisfecho de su estampa y maneras. Mateo Vázquez, medio paje, medio secretario del Presidente, supo desde el primer momento guardarse toda su agudeza y chancería sevillanas en lo más oculto del pecho y, al verse zambullido en la negra masa de togas, garnachas y lobs pomposas de terciopelo que rodeaba, por lo común, á su protector ó lo que fuere, acertó á fingir un continente de gravedad y modestia que decía muy bien con sus cortos años. El que andaba holgadamente por Sevilla en aquellos tiempos, desembarazadamente podía entrar en palacios

reales. Se revistió, por tanto, Mateo Vázquez de la obscura capa de hipocresía, sin la cual era imposible dar paso acertado; compuso el burlón semblante, atildó la vestidura, se cuidó las manos, puliéndolas y afilándolas, como las vemos en los retratos de Teotocópulos: manos ociosas, pero manos duras que obedecen muy bien á los rostros impasibles en apariencia, mas en los cuales brillan ojos de calentura amorosa ó de fiebre mística, áspera como cuartana de león.

Mateo Vázquez era ya maestro en fingimientos y disimulos cuando un día topó en la calle una cara conocida y unos brazos que se le abrían amistosos; era su amigo Miguel, es decir, la alegría y la franqueza juveniles personificadas. Tendió el cortesano Mateo los brazos con deferencia mesurada. Tras los primeros momentos de azorante reserva que á toda conversación preceden, cuando uno de los interlocutores ha mudado de condición y fortuna, el coloquio se deslizó bullente, rebosando esperanzas. Miguel habló de versos; Mateo sintió, al pronto, vaga tristeza; tiempo hacía que con nadie osaba comunicar su afición á las musas. Habíanle desertado del oído los retumbantes endecasílabos herrerianos, había olvidado tal vez las estrofas de Garcilaso que Miguel le enseñara; gustaba un tanto de ciertas odas y canciones de un fraile agustino, llamado Luis de León, que en manuscritos y copias circulaban por entre las damas y la gente canosa, pero bien sabía que al tal fraile no le miraba con muy buenos ojos la Suprema. En resolución, Mateo tenía ya su camino trazado: había oído respirar al presidente Espinosa algo, mucho acerca del clérigo D. Gonzalo Pérez, el traductor de la *Ulixea*, el cual, entrando en la corte un día con un niño de la mano, sin decir si era hijo ó pariente suyo, logró dejar al chico allí, en la Secretaría real, y el muchacho, Antonio Pérez, que salió despierto y agudo, estaba ya tan consentido y autorizado en palacio, que no se le quitaba la gorra ni al duque de Alba, y aun se contaba que, faltando á todo precepto de etiqueta, le había ocurrido levantarse de la mesa real antes que nadie lo hiciese. Aunque Mateo no era vizcaíno, Mateo tenía un misterio en su existencia y contaba también el presidente Espinosa con esta feliz circunstancia para ha-

cerle mucho lugar en el Sr. D. Felipe II. Podían, pues, vagar las musas.

Miguel, un si es no es melancólico, aprobó tan cuerda resolución. Algo le pesaba ese desengaño que á todos nos causa ver zampuzarse en cualquier covachuela á un amigo á quien, teniendo quince años, prometimos la gloria más alta de la poesía. Miguel sospechó entonces por vez primera que los versos solos no eran camino para llegar á ningún sitio provechoso, y comunicó este recelo á su amigo. En tal sospecha iba medio velada la gran vacilación de su vida. Dos eran los caminos, las letras y las armas. Los veinte años habían llegado. Fuerza era decidirse por uno ó por otro, mayormente quien no contaba con bienes de fortuna.

Paseando y hablando, los dos amigos habían llegado á las orillas del Manzanares, entonces orladas de carrascas, acebuches y sauces. Era una tarde amarilla de Otoño. Las hojas de los árboles jaspeaban el primer término donde se detenía á reposar la vista; las había de color de manzana, de color de naranja, de color de calavera vieja, de color de yesca, de color de canela, de color de concha. Las pendientes crines de los sauces parecían pintadas por el Ticiano con su famoso tinte rubio de Venecia; otras semejaban el cabello y la barba del rey D. Felipe.

Cervantes habló á Mateo de la reina que acababa de morir; él no la había visto nunca. Mateo, sí. Era una reina de cara ovalada, de tez blanquísima, bajo la cual apenas debía de correr un hilo de rosácea sangre, los labios finos y pálidos, los ojos pardos, casi negros, las cejas sutiles y muy separadas, el pelo castaño obscuro, rizado suavemente á tenacilla, la expresión de rostro y cuerpo tímida y asustada. Era una reina que amaba las perlas y las rosas y temía á la muerte: que no osaba reír ni llorar: que no se resolvía á manifestar preferencias por esto ó por lo otro. Por caso raro—secreteó Mateo al oído de Miguel—no se sabía que hubiese en la corte ningún señor joven ni viejo enamorado de ella, cosa que, declarada ó embozadamente, ocurre con todas las reinas en todos los palacios.

En aquel pie de confianza, Miguel mentó á su amigo los versos que él estaba fraguando en nombre de todo el estudio y se-

ñaladamente la canción en tercetos dedicada al cardenal Espinosa. Le recitó algunos de ellos, que á Mateo le supieron á mieles:

Alma bella, del cielo merecida,
mira cuál queda el miserable suelo
sin la luz de tu vista esclarecida.....

.....
El vano confiar y la hermosura.....
Aquel firme esperar, santo y constante.....

Mateo Vázquez se hacía todo oídos. Aquellos conceptos tenían la graciosa gravedad, el señorial y humano estilo de Sevilla. Derretido de gusto, Mateo ofreció servir á su amigo en cuanto él pudiera. Reanudóse la antigua amistad con nuevas mutuas promesas. Miguel volvió á su casa contento, pero no menos caviloso que antes. ¿Cuál sería su camino? ¿Las armas? ¿Las letras?.....

Una vez más comunicó esta duda con alguno de los italianos que frecuentaban la casa. Para el italiano, la cosa no ofrecía duda. Fuese en armas ó en letras, poco ó nada podía lograr en este suelo duro, ingrato. En cambio, para los mozos como él, Italia, la turbulenta Italia, cuya sangre no envejece, abría con amor sus brazos de hembra placentera, nunca harta de juventudes. Flandes ofrecía la gloria militar solamente. Italia acogía con el mismo amor y favorecía con igual entusiasmo á las valerosas espadas que á las ágiles plumas. Miguel soñaba ya con Italia.

Pronto se ofreció la ocasión para lograr sus deseos.

A los pocos días llegó á Madrid monseñor Julio, hijo del duque de Atri Juan Jerónimo Aquaviva, con una misión oficial y otra confidencial para el Sr. Don Felipe II. Este Julio Aquaviva, camarero y refrendario del papa Pío V, y "mozo muy virtuoso y de muchas letras", según avisaba nuestro embajador en Roma D. Juan de Zúñiga, era un joven de la rancia nobleza napolitana. Su hermano Claudio entró en la Compañía de Jesús y llegó en ella á general: espíritu audaz é innovador, á él se debe la *Ratio Studiorum*, que es la Metodología de los estudios jesuíticos, y que á ratos la ortodoxia ha traído entre ojos. Julio Aquaviva era uno de aquellos jóvenes aristócratas italianos á quienes no cautivaba el estruendo y desorden de las armas, y que por su riqueza

y buen porte parecían nacidos para ornamento de la corte de Roma. Eran éstos los herederos de los Mecenas, de los Mesala y de los Agrippa del Imperio: y así como de los Pontífices á los antiguos Césares la diferencia, en lo exterior, no era grande, tampoco era mucha la de sus respectivos cortesanos. La vida vaticana, fastuosa y magnífica, necesitaba y consumía á diario los talentos, las riquezas y el boato de todos estos grandes señorones de Italia, que tal vez se acogían á Roma huyendo el comprometerse en las guerras y parcialidades italianas y extranjeras. En Roma se disfrutaba de reposo y magnificencia. Los jóvenes apasionados no echaban de menos ningún goce de los paganos tiempos: los estudiosos allí encontraban mejores y más abundantes medios que en parte alguna para satisfacer su gusto. Julio Aquaviva era de estos últimos: uno de tantos platonizantes como se pasearon por las galerías rafaelescas. Le estimaba el Papa, seguro de que sería uno de los más discretos y elegantes cardenales jóvenes que sirviesen á sus designios, y para probarle, sin duda, le confió una misión diplomática delicadísima: dar el pésame á Felipe II por la muerte de su hijo Don Carlos y tratar en reserva con el Rey y con los señores del Consejo Real las diferencias, ya graves y hondas, surgidas entre la jurisdicción eclesiástica y la civil, representada por los ministros del Rey en Milán, Nápoles y Sicilia. El Estado no cedía entonces la más leve prerrogativa suya en obsequio de la Iglesia. Vulgar es ya entre quienes han saludado la Historia, y solamente los gobernantes y oradores de oficio lo ignoran, que el católico Felipe II era un hijo sumiso de la Iglesia, pero un hijo mayor de edad y emancipado.

Cayó mal en Madrid, oficialmente hablando, monseñor Julio Aquaviva. Al llegar á la corte, se encontró con la novedad de que la Reina había muerto. Nadie, y quizás menos que nadie Felipe II, se acordaba ya del príncipe D. Carlos, á quien no hubo quien quisiese de veras. En cambio, era general el luto por la gentil joven tímida, que sin ruidos ni sobresaltos había ocupado el trono y que, anémica y pobre de espíritu, acababa de abandonar el mundo. La situación de ánimo del Monarca no era tampoco la más á propósito para resolver con sosiego y paz, conflictos

de jurisdicción. Aquaviva, comprendió pronto que su viaje y embajada iban á resultar inútiles, y deseando, como buen italiano, aprovechar el tiempo en cosas de gusto, ya que en las de utilidad no podía, dió en tratar con los más ingeniosos caballeros de la corte, buscó la compañía de los poetas y los regaló y convidó cuanto pudo, teniendo con ellos largas y sabrosas sobremesas, que le servían para perfeccionarse en el conocimiento y uso de la lengua castellana, ya por él conocida, como de todos los diplomáticos de entonces, pero que aún no llegaba á dominar.

En estos coloquios, ó en los descansos de sus oficiales entrevistas con el presidente del Consejo Real, D. Diego de Espinosa, hubo de sacarse á conversación la corona poética tejida por los ingenios de la corte en honor de la Reina malograda. Casi seguro es que el cardenal obispo de Sigüenza, prevenido é incitado por su Mateo Vázquez, hablara á monseñor Julio del joven que había escrito la canción y las redondillas ofrecidas por el Estudio de Madrid. Espontáneamente ó cediendo á los deseos de Espinosa, prometió Aquaviva llevar consigo á Italia á tan sazonado ingenio. Criados poetas italianos tenía ya algunos en su servidumbre monseñor; no parecería mal añadirles la compañía de un camarero español que versificaba tan lindamente.

Desacertado sería conceder á esta decisión de Aquaviva, más importancia de la que en realidad tiene, ni guardarle gratitud por la exigua protección que prestó á Miguel, tomándole como criado por recomendaciones y deshaciéndose de él tan pronto como llegara á Roma ó poco después. El servicio que prestó Aquaviva á Cervantes, ha de justipreciarse como el que hoy nos hace quien nos proporciona billete barato para ir de un lugar á otro, y nada más.

El viaje de Aquaviva á España, resultaba para él un fracaso, por lo cual no tardó en hacer sus preparativos y como el frío comenzaba á arreciar en Madrid y en esta corte había poquísimo ó nada que ver para un habitante del Vaticano, monseñor Julio antecogió sus maletas y servidumbre y salió, un tanto corrido, hacia el reino de Valencia, antes que terminara el año 1568.

En pos de él, con su espada al cinto, medianamente aderezado

de ropa y con su *Amadís* y su *Diana* en las faltriqueras, amén de unos cuantos papeles con borrones y versos, salió Miguel, espaciado y contento el ánimo, de risueña esperanza henchido el corazón. Aquella era su primera salida á ser hombre, á buscar ventura, á probar el mundo. Poco le hacía el ir como criado, que no era entonces deshonoroso el servicio, por cuanto se tenía muy otro concepto de la dignidad que hoy. Infiérese, no obstante, que él nada hizo por halagar á su amo, y que monseñor Julio, que no debía de ir de muy buen talante, no le otorgó tampoco gran atención.

No se pone aquí la despedida que á Miguel hizo su familia, porque de ello nada se sabe. El irse un mozo á extraña tierra, era entonces corriente y usual. Viajábase mucho más que en estos apoltronados tiempos y de los viajeros nada se sabía en meses, ó en años y sus familiares no se apenaban por ello. Eran las almas, sin duda, más grandes que ahora y abrían un crédito mucho más liberal á lo imprevisto.

Pocos viajes tan hermosos y tan educadores como este primer viaje de Miguel. Fué la primera gran ciudad á donde llegó la bella Valencia, y allí quedó admirado, según dice en el *Persiles*, por «la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de su contorno y finalmente por todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades no sólo de España, sino de toda Europa, y principalmente por la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable». Fué Valencia la ciudad de que Miguel conservó siempre un recuerdo exento de amargura: el lugar donde primero vió ante sus ojos la inmensa esperanza verde del Mediterráneo; la ventana por donde se asomó á las mayores hermosuras del mundo; la canastilla de flores vivas en que una y otra y otra y todas las mujeres le parecían bellas y apetecibles y, en fin, el grato asilo en cuya suavidad y dulzura, gozó los primeros y más sabrosos días de libertad, tras el triste cautiverio.

Quien haya recorrido la costa del Mediterráneo desde Valencia á Niza podrá formarse noción clara de cómo iba cargándose

de alegría y de sano contento del vivir el alma de Miguel, de cómo le brincaba y le retozaba el corazón descuidado. Villarreal, Castellón, Tarragona, fueron descansos para llegar á la cabeza del principado catalán. Acercábanse á Barcelona la activa, la poderosa, y contempló Miguel "el mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, la multitud de galeras que estaban en la playa, el tráfigo incesante del puerto, los cañonazos del Monjuich" y le admiró el hermoso sitio de la ciudad y la estimó "por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, terror y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de caballería, ejemplo de lealtad y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo".

Dejada Barcelona, pisó Cervantes la gaya tierra provenzal, suelo y cielo de poesía, tan semejante á la tierra andaluza por sus naranjos y olivos que Miguel se encontró allí como en su casa; pero no era ni fué nunca el paisaje lo que se apoderaba desde luego del espíritu de Miguel, sino la humanidad viviente y corriente, andante y agente la que le cautivaba. En un mesón de Perpiñán aprendió Cervantes cómo se pierde la libertad por un golpe de dados, y en otro mesón á pocas leguas de allí, en el Lenguadoc, supo el capricho del duque de Nemours, que tenía por toda Francia mensajeros buscándole mujer bella y solamente bella con quien casar. Confirmó que en Francia ni varón ni mujer dejaba de aprender la lengua castellana, y sintió patriótico orgullo. Una fría mañana de Enero le pasmó la blanca é imponente grandeza de los Alpes, cuyas cumbres al sol ostentaban su vieja blancura eternamente nueva.

Pensad ahora en esta preparación espiritual, tan propia de un grande hombre y reconoced que el hado no existe, sino que la vida es quien cría y educa á los seres superiores. Cervantes á los veintiún años ha conocido lo que llenaría una de nuestras prosáicas existencias: y luego su vista se ha tendido por la llanura mediterránea y después han ascendido hasta las nieves alpinas sus ojos inquietos. Ya están preparados para verlo todo: ya miran

desde una cumbre del Piamonte, la tierra de promisión. Italia sonríe á Miguel, con la amplia, bella, humana sonrisa con que siempre recibió á todos los grandes creadores de ávidos ojos y corazón audaz: y Miguel mira á Italia, que á sus pies se tiende, con una mirada que ni es la ardiente mirada de Anibal, ni la mirada fría de Bonaparte, sino la suya, que entonces aprende á ver las cosas desde lo alto.